

Carlos Gamerro

¿Quién no tuvo en algún momento la fantasía de ser invisible? ¿Quién no se regodeó alguna vez imaginando todas las cosas que podría hacer con total impunidad, como meterse en un restaurante y estampar los postres más empalagosos contra los rostros más odiosos; entrar al vestidor de las chicas mientras se duchan, en el caso de los chicos; entrar al vestidor de los chicos a escuchar lo que dicen sobre las chicas, en el caso de las chicas? Vaya uno a saber: no hay espacio más íntimo que el de las fantasías. La de la invisibilidad suele ser una fantasía ventajera, aunque también puede asumir formas altruistas: "El Invisible" puede imaginarse como un justiciero que castigará a los malvados y ayudará a los indefensos, robará al rico para darle al pobre, etcétera. Pero, si somos sinceros con nosotros mismos, admitiremos que éstas son fantasías secundarias o compensatorias, producto de la mala conciencia que genera entregarse a la fantasía primaria de ser invisible y aprovecharse de todos esos pobres diablos que no tienen la ventaja que nosotros tenemos.

Todos, también, habremos pasado en la niñez por ese juego en que los adultos fingen no vernos. "¿Dónde está Carlitos?

¿Nadie vio a Carlitos?", enuncian los grandes con impostado azoramiento; y Carlitos, agachado debajo de la mesa donde todos pueden verlo, ríe y se retuerce de deleite. Claro que si el juego se prolonga, si Carlitos sale de debajo de la mesa y grita y agita las manos, y aun así no logra recuperar su condición de niño visible, es probable que se truequen en terror y llanto su deleite y su risa. Porque ser invisible puede parecerse a ser Dios, pero se parece más a no ser.

No es muy distinto lo que le pasa a Griffin, el hombre invisible de H. G. Wells. El momento de su triunfo coincide con el de su desesperación: lo que descubre en sus primeros, indetectables paseos es, no las ventajas, sino los terribles inconvenientes de la invisibilidad: la gente no lo ve, y en la calle se choca contra él y lo lastima; no puede usar ropas y el frío lo hiela; la lluvia, la nieve o el hollín revelan su fantasmal figura... Abandona Londres, por el peligro de los carros y las multitudes, pero en un pueblo chico el anonimato es imposible. Todos quieren saber quién es el extraño embozado, todos se meten en sus asuntos. Lo que Griffin descubre es que, paradójicamente, no hay nada más llamativo que un hombre invisible. El verdadero color de la invisibilidad, propuso un contemporáneo de Wells, G. K. Chesterton, no es el transparente, sino el gris. En su cuento titulado, precisamente, "El hombre invisible", éste resulta ser un cartero al que nadie ve porque viene todos los días, y se ha vuelto hasta tal punto parte del fondo que nadie repara en su presencia.

La novela dedica varias páginas a la explicación científica de la invisibilidad de Griffin, y aunque éstas no nos satisfagan,

nos entregamos a ellas como a un juego: no convencen, pero ofrecen a nuestra voluntaria suspensión de la incredulidad una excusa o un sustento. Historias de hombres invisibles hubo antes de ésta, pero sus autores se sacaban de encima el problema de los mecanismos de la invisibilidad con unas palabras mágicas, una capa, un brebaje o un anillo. Wells estaba obligado, por escribir en los albores del siglo xx, a ofrecer una explicación, si no estrictamente científica, al menos *a modo de ciencia*: pero está claro que lo que le interesa son las consecuencias psicológicas, emotivas y políticas de la invisibilidad, más que sus causas físicas. Aun así, basta con esas pocas páginas para hacer que su relato cruce el umbral que separa la literatura fantástica de la ciencia-ficción, ese género característico del siglo xx que esta novela, junto con *Frankenstein* de Mary Shelley y algunas otras novelas del propio Wells, y de Julio Verne, ayudó a fundar en el siglo xix. Pero, a pesar de este barniz cientifista, el esquema general del relato de Wells corresponde al de las fábulas más antiguas, como la del Rey Midas: la del don que deviene maldición; la del deseo que, al cumplirse, se convierte en condena.

Para contar su historia Wells no adopta, en un principio, el punto de vista del hombre invisible, sino que lo presenta a partir de la mirada de los otros, los habitantes del pueblo de Iping. Este punto de vista múltiple no es en Wells un rasgo vanguardista (como sí lo será en la obra de autores posteriores como Joyce, Faulkner o Virginia Woolf), sino que surge de una necesidad técnica: los "efectos especiales" de la invisibilidad sólo existen para quienes los ven –o no ven– desde afuera. El narrador de Wells va pasando de un

personaje a otro, ve lo uno a través de los ojos de muchos. Una sola vez, en el transcurso de la novela, tenemos la versión de Griffin: cuando le cuenta al doctor Kemp la historia de su descubrimiento y de sus primeros pasos en el mundo como hombre invisible (capítulos 19 y 23).

Porque este punto de vista físico es, también, un punto de vista moral. Wells podría haber escrito el mito romántico del hombre invisible, convertirlo en un símbolo de nuestra insalvable soledad o alienación, hacer de él un rebelde que se opone a una sociedad hipócrita o represiva: un hombre solo contra el mundo. Lo es, sin duda: pero, en esta lucha, Wells se pone del lado del mundo. Su punto de vista es, de principio a fin, el de los hombres comunes que sufren la agresión y la tiranía del hombre invisible: los posaderos, el señor y la señora Hall, Millie la mucama, el relojero Teddy Henfrey, el herrero Sandy Wedgers... Wells traza un mapa costumbrista del pueblo rural, con sus artes y oficios, sus tipos sociales, sus acentos dialectales y de clase, haciendo de él un microcosmos de la sociedad inglesa de su tiempo; podría haber utilizado al hombre invisible para burlarse de la mojigatería y cerrazón de esta sociedad, su desconfianza hacia todo lo extraño y extranjero: y sin embargo este mundo presenta un frente sólido y unido (que, para ser creíble, debe presentar algunas fisuras, como la del señor Heelas, que se niega a darle asilo a su vecino el doctor Kemp cuando el hombre invisible lo persigue) contra la agresión que viene de afuera.

Griffin, quien según sus propias palabras quiere instaurar un reino del terror, es en ese sentido un terrorista de su

tiempo. Pero sus atentados, a diferencia de los de sus contemporáneos los anarquistas, no apuntan a luchar contra el poder, sino a instaurarlo. Griffin, lejos de proponerse como justiciero, intenta imponerse como dictador. La fantasía de la invisibilidad, descubre Wells al escribir esta novela, es la fantasía antisocial por excelencia. Ver sin ser visto es el sueño –y la realidad, si se logra– de todo poder: encarne éste en el panóptico de las viejas prisiones del siglo XIX, en los modernos sistemas de vigilancia (cámaras, micrófonos ocultos) o en el “Gran Hermano” televisivo. Ver sin ser visto es colocarse fuera –y por encima– de esa reciprocidad que es inseparable de una sociedad basada en principios igualitarios. Nadie se llame a engaño, advierte Wells: con todo lo que tiene de seductora, y de gozosa, la fantasía de la invisibilidad es una fantasía de impunidad y, por lo tanto, de poder.

Wells quiso darnos una áspera lección moral; pero la literatura, para bien o para mal, suele exceder o escaparse de las intenciones de sus autores. La figura del hombre invisible, sobre todo en el recuerdo, suaviza sus aristas más odiosas y se vuelve melancólica y patética: un hombre que no puede dormir porque sus párpados no bloquean la luz, que debe andar sin abrigo en los días más crudos del invierno, perseguido finalmente por la jauría humana como si de un zorro se tratase, y que aun así sueña con ser emperador del mundo. El hombre invisible es uno de los avatares del hombre fáustico, aquel que está dispuesto a vender su alma para alcanzar el conocimiento, y con él, el poder y la gloria terrenas. Como todo hombre fáustico, aspira a emular a Dios; en este caso, al menos en uno de sus atributos, la invisibilidad, que no es igual

a la ubicuidad y a la omnipotencia, pero las sugiere. Es, en resumidas cuentas, un emblema de la distancia que media entre nuestros infinitos sueños de grandeza y nuestros limitados logros terrenos.

Capítulo I

La llegada del forastero

El extraño personaje se apareció por la colina a principios de febrero, en un día muy tormentoso de fuertes vientos y grandes nevadas, las últimas del año. Según parece, llegó caminando desde la estación de tren de Bramblehurst, y sostenía en la mano enguantada una pequeña valija negra. Iba abrigado de pies a cabeza, y el ala del sombrero de fieltro le tapaba toda la cara, excepto la punta brillante de la nariz. Tenía los hombros y el pecho cubiertos de nieve, lo que añadía un borde blanco a su pesada carga. Entró tambaleándose en la posada “Carruajes y Caballos”, a todas luces más muerto que vivo, y soltó de golpe la valija.

—¡Una chimenea, por caridad! ¡Una habitación con chimenea!

Golpeó el suelo con los pies, al lado del mostrador, con el propósito de sacudirse la nieve, y siguió a la señora Hall hasta la sala para acordar el precio del alojamiento. Sin más presentaciones, una rápida aceptación de los términos y un par de libras de oro sobre la mesa, se alojó en la posada.

La señora Hall encendió la chimenea, y dejó al forastero en la habitación mientras iba a prepararle

la comida personalmente. Que un huésped llegara a Iping en el invierno era una gran suerte, inesperada por lo demás, sobre todo si se trataba de un cliente de los que no regateaban. Estaba decidida a mostrarse merecedora de su buena fortuna. Tan pronto como el tocino estuvo casi crocante, y estimuló a Millie, su apática criada, con unas cuantas reprimendas, llevó el mantel, los platos y los vasos al cuarto y se dispuso a poner la mesa con gran cuidado. A pesar de que el fuego estaba encendido y ardía con fuerza, la señora Hall se quedó muy sorprendida cuando vio que su huésped aún no se había quitado ni el sobretodo ni el sombrero. El visitante estaba de espaldas a ella, mirando por la ventana la nieve que caía en el patio. Todavía con los guantes puestos, tenía las manos entrelazadas en la espalda y parecía absorto en sus propios pensamientos. La señora Hall notó que la nieve derretida que aún le cubría los hombros empezaba a gotear sobre la alfombra.

—¿Puedo llevar su sombrero y su sobretodo a la cocina, para secarlos, señor? —le preguntó.

—No —contestó éste, sin volverse.

No estaba muy segura de haberlo oído, y la señora Hall iba a repetirle la pregunta. Pero entonces el forastero la miró por encima del hombro:

—Prefiero no quitármelos —respondió con énfasis.

La señora Hall observó que llevaba puestos unos anteojos grandes y azules con protectores a los lados, y que por encima del cuello del sobretodo le sobresalían unas patillas muy pobladas que le tapaban las mejillas y la cara por completo.

—Muy bien, señor —contestó ella—. Como quiera. La habitación se va a calentar enseguida.

El forastero no respondió y miró hacia otro lado. La señora Hall, presintiendo que sus intentos de empezar una conversación no eran oportunos, terminó de poner la mesa lo más rápido posible y salió de la habitación. Cuando volvió, él seguía allí todavía, como si fuese de piedra, encorvado, con el cuello del sobretodo vuelto hacia arriba y el ala del sombrero goteando, al tiempo que le ocultaba completamente el rostro y las orejas. La señora Hall apoyó los huevos con tocino sobre la mesa con bastante fuerza y le dijo en voz muy alta:

—La cena está servida, señor.

—Gracias —contestó el forastero al mismo tiempo, y no se movió hasta que ella empezó a cerrar la puerta. Sólo entonces se dio vuelta y se acercó a la mesa con cierta avidez.

Mientras regresaba a la cocina por detrás del mostrador, la señora Hall empezó a oír un ruido que se repetía a intervalos regulares: chirc, chirc, chirc. Parecía el golpeteo de una cuchara en un tazón.

—¡Esa chica! —exclamó—. Me olvidé por completo. Está tardando demasiado.

En cuanto terminó de batir la mostaza, le lanzó unas cuantas palabras hirientes a Millie por su lentitud excesiva. La señora Hall había freído los huevos con tocino, puesto la mesa y hecho todo mientras que Millie (¡vaya una ayuda!) sólo había logrado retrasar la mostaza. ¡Y con un huésped recién llegado que deseaba quedarse! Entonces, llenó el tarro de mostaza,

y después de colocarlo con cierta elegancia en una bandeja de té dorada y negra, la llevó a la sala.

Llamó a la puerta y entró. Mientras lo hacía, el visitante se movió tan rápido que apenas pudo vislumbrar un objeto blanco que desaparecía detrás de la mesa. Parecía que estaba levantando algo del suelo. Dejó el tarro de mostaza sobre la mesa, y entonces notó que el sobre todo y el sombrero estaban sobre una silla cerca del fuego. Un par de botas mojadas amenazaban con oxidar la pantalla de metal delante de la chimenea. La señora Hall se acercó hacia las vestimentas sin demora:

—Supongo que ahora podré llevármelos para secarlos —dijo con un tono de voz que no daba lugar a ninguna negativa.

—Deje el sombrero —contestó el visitante con voz apagada. Y al darse vuelta, la señora Hall vio que el hombre había levantado la cabeza, y que estaba sentado y mirándola.

Quedó tan sorprendida que no pudo hablar durante unos segundos.

El huésped se tapaba la parte inferior de la cara con un pedazo de tela blanca, una servilleta que él mismo había traído, de modo que la boca y las mandíbulas le quedaban completamente ocultas. Y ésa era la causa del sonido apagado de su voz. Pero no fue eso lo que sobresaltó tanto a la señora Hall, sino el hecho de que toda la frente, por encima de los anteojos azules, estaba cubierta con una venda blanca, y que otra venda disimulaba las orejas. Sólo se le veía la punta de la nariz —rosada, brillante y lustrosa—, tal como al principio, cuando llegó. Llevaba puesto un saco de terciopelo

marrón oscuro, con cuello negro, alto y forrado en lino, vuelto hacia arriba. El pelo oscuro y grueso le sobresalía entre los vendajes, en forma de trenzas y coletas, lo que le daba una apariencia muy extraña. La cabeza embozada y cubierta de vendajes era tan diferente de lo que la señora Hall hubiera imaginado, que por un momento se quedó paralizada.

El hombre no se quitó la servilleta de la cara, y más bien la siguió sosteniendo con la mano enguantada, como pudo observar la señora Hall en ese momento, mientras la miraba a través de sus insondables anteojos azules.

—Deje el sombrero —dijo él, nítidamente, a través de la tela blanca.

Cuando se le calmaron los nervios después del susto, la señora Hall colocó el sombrero en la silla, otra vez al lado del fuego.

—No sabía..., señor —empezó a decir—, que...

Pero no siguió hablando, un tanto desconcertada.

—Gracias —respondió, secamente, mirándola primero a ella, después a la puerta y luego a ella otra vez.

—Los mandaré secar enseguida, señor, de inmediato —anunció ella, llevándose la ropa de la habitación. Se volvió para echarle otro vistazo a la cabeza vendada y a los anteojos azules mientras salía por la puerta, pero el extraño aún tenía la servilleta sobre la cara. Al cerrar la puerta, tuvo un ligero estremecimiento, y la sorpresa y la perplejidad aún se le notaban en la cara.

—¡Nunca...! —susurró ella—. ¡Increíble! —siguió diciendo, mientras se acercaba en silencio a la cocina; y cuando llegó, estaba demasiado preocupada como para

preguntarle a Millie en qué lío se estaba metiendo en esos momentos.

El visitante permaneció sentado y oyó el ruido de los pasos de la señora Hall a medida que se alejaban. Lanzó una mirada inquisidora hacia la ventana antes de quitarse la servilleta de la cara, para seguir comiendo. Probó un bocado, miró con desconfianza hacia la ventana, y se llevó otro pedazo a la boca. Luego se levantó, y sujetando la servilleta con la mano, atravesó el cuarto y bajó las persianas hasta la muselina blanca que oscurecía los vidrios bajos. La habitación quedó en penumbras. Hecho esto, se sentó más tranquilo a la mesa, y siguió comiendo.

—Seguro que el pobre hombre —decía la señora Hall— ha sufrido un accidente o le han hecho una operación. Pero, realmente, ¡qué susto me dieron esos vendajes! —echó un poco más de carbón en la cocina, alargó el tendedero y colgó el sobretodo del viajero—. ¡Y esos anteojos! Se parecía más a un casco de buzo que a un ser humano —extendió la bufanda del visitante en una punta del tendedero—. Y tapándose la boca con el pañuelo todo el tiempo... ¡Hablando a través de él! Quizá tenga alguna herida en la boca... —y se dio vuelta de repente como si acabara de recordar algo—: ¡Qué barbaridad, Millie! ¿Todavía no has hecho las papas?

Cuando la señora Hall regresó para levantar la mesa, su idea de que el visitante tenía la boca desfigurada por algún accidente se confirmó, pues el extraño estaba fumando una pipa. Y mientras ella permaneció en la habitación, en ningún momento él se quitó la bufanda que le tapaba la parte inferior de la cara, ni siquiera para